

Mar del Plata. Un sueño de los argentinos

Fernando Rocchi*

Comentario al libro de ELISA PASTORIZA y JUAN CARLOS TORRE (2020).
Mar del Plata. Un sueño de los argentinos. Buenos Aires: Edhasa.

Las historias de ciudades son apasionantes, aunque suelen adolecer de un problema: nos ofrecen una imagen muy parcial del país del que forman parte. Una historia de Londres no nos habla de la revolución industrial, una de Berlín nos esconde la modernización productiva del Imperio alemán, una de Nueva York no nos muestra rastros de la población del Medio Oeste. Elisa Pastoriza y Juan Carlos Torre han encontrado un caso que permite reconstruir la historia social de nuestro país en su conjunto desde una ciudad, que no es Buenos Aires ni Rosario (que nos ofrecerían versiones parciales como en las otras urbes antes enumeradas) sino en un balneario: Mar del Plata.

A juicio de Pastoriza y Torre, Mar del Plata condensa el espíritu de igualitarismo y democratismo que, a su juicio, caracterizó a la Argentina desde fines del siglo XIX hasta la década de 1970. No hay ejemplos similares en otros lugares del mundo. La historia de Blackpool en Inglaterra o de Cartagena y El Quisco en Chile nos dice mucho del uso del tiempo libre de los sectores populares, pero deja afuera a otros sectores de la sociedad. La historia de Baden Baden, Biarritz y San Sebastián nos explican mucho sobre la vida balnearia de los ricos, y poco más que eso. Quizá el único equivalente que podemos encontrar de Mar del Plata sea Atlantic City (aunque la cantidad de veraneantes que concurría al balneario argentino hace empalidecer a los del estadounidense en términos relativos a la población del país); esto confirma que tanto la Argentina como los Estados Unidos estuvieron atravesados por un ideal: el de la aspiración igualitaria.

La costa de la provincia de Buenos se caracteriza por una monotonía de playas amplias y a menudo ventosas, poco atractivas para el veraneante. Esta característica encuentra una excepción en Mar del Plata, donde las sierras avanzan sobre el mar y ofrecen ese atractivo especial que tienen la irregularidad de las montañas. Esta peculiaridad saltó a la luz en la figura de quienes trabajaron para convertir un asentamiento originariamente de carácter comercial –pues comenzó en torno a un saladero– en el gran balneario argenti-

* Departamento de Estudios Históricos y Sociales. Universidad Torcuato Di Tella. Contacto: frocchi@utdt.edu

no. Mar del Plata, contrariamente a Miramar, Villa Gesell o Pinamar, no se origina como balneario sino como asentamiento para explotaciones ganaderas. Dos personas resultan claves en esta historia: Patricio Peralta Ramos y Pedro Luro.

La idea de crear un balneario rondaba en especial en Luro, motivado por el recuerdo de ciertas prácticas culturales de su lugar de origen (cercano a Biarritz). Si bien la idea comenzó a tomar forma con esos pioneros, quienes llevaron a cabo la tarea fueron sus hijos. El proyecto de estos emprendedores coincidió con un fenómeno mundial que había llegado a la Argentina: el concepto de tiempo libre y cómo usarlo. Si bien el turismo tiene raíces mucho más antiguas a nivel del viajero individual o familiar, el de grupos más amplios –aunque en principio restringidos a una élite que encontraba una nueva forma de socialización– es un fenómeno que no aparece hasta fines del siglo XIX. Este es el momento en que Peralta Ramos y Luro sentaron las bases del balneario que aspiraba a emular a Biarritz u Ostende y que estaba destinado al éxito: la idea de una ciudad balnearia como un lugar de esparcimiento fue bien recibido por las élites argentinas, que aceptaron con entusiasmo la nueva propuesta.

Hubo cambios tecnológicos que permitieron que el proyecto fuese coronado por el éxito: la llegada del ferrocarril en 1886 permitió el arribo a sus playas en un tiempo razonable. Mientras tanto, se desarrollaban en la ciudad actividades dirigidas a entretener a los veraneantes. El baño de mar ocupaba parte del día, pero dejaba muchas horas de ocio que podían transformarse en aburrimiento. De allí surgió la rambla, para dedicarse al paseo que le permitiera a la élite –que construía mansiones que reproducían su estilo de vida en su lugar de residencia– ver y ser vista. Y también el tiro a la paloma, que congregaba grupos entusiastas en participar o ver las competiciones. Y rápidamente se impuso una actividad que podía llenar tardes y noches: el Casino, con el Gran Hotel Casino como emblema de esos primeros tiempos.

El brillo de la Mar del Plata aristocrática parecía asegurar un espacio exclusivo. Las élites eligieron un lugar que creían que iba a ser suyo por toda la eternidad –entre los que sobresalía la playa Bristol– mientras desplegaban sus atuendos y joyas en la Rambla y convertían al balneario en un lugar de flirteo y romances. La exclusividad, sin embargo, resultó imposible de mantener en un país dominado por la aventura del ascenso social. La llegada de 1415 pasajeros en 1886-1887 es un signo de exclusividad; la de 32 573 en 1912-1913 ya incluye a muchos intrusos. Muy rápidamente, la ciudad se volvió una espectadora de la presencia de individuos que resultaban caras extrañas para las tradicionales familias de veraneantes.

Apenas entrado el nuevo siglo, un amplio espectro de hoteles de categorías modestas y medianas ofrecía la posibilidad de alojarse a sectores de ingresos medios. Mar del Plata comenzó a experimentar, como señalan Pastoriza y Torre “el ocaso de la ciudad balnearia”. La aparición de estos “nuevos veraneantes” fue bastante temprana. Ya en 1908 la señora Martha Bonheur señalaba “[e]ste año estuvo lindí-

simo y selectivamente concurrido, a pesar de que lo veo muy democrático en su conjunto”. La descripción de Bonheur no hará más que replicarse con el paso de los años. En la década de 1910 la presencia de estos intrusos será notada cada vez con más fuerza por diarios y revistas que se dedicaban a mostrar una masificación paulatina de la ciudad balnearia.

La historia social de Mar del Plata que escriben Pastoriza y Torre no olvida un fenómeno crucial en la evolución de la ciudad: el mundo de sus habitantes permanentes. Entre las actividades más destacadas que realizaban estaba la de la construcción, poblada hasta el extremo de inmigrantes italianos. Y la sanción de la reforma electoral, de la ley Sáenz Peña, produjo un cambio notable: como los votantes eran los residentes y no los veraneantes, en 1919 el socialista Teodoro Bronzini accedió a la intendencia de Mar del Plata, inaugurando una década de administraciones de ese partido, para escándalo de los más reaccionarios, que hasta amenazaron con dejar de veranear en la ciudad. Pero los atractivos que ofrecía Mar del Plata eran tan grandes que estas amenazas solo quedaron en palabras. Los socialistas, además, se volvieron entusiastas promotores del balneario, aunque incluyeron en sus planes –retuvieron la intendencia hasta 1928 en que se produjo una intervención– la promoción del turismo de personas de menores ingresos apoyando la expansión de hoteles baratos que ofrecieran habitaciones a precios módicos.

Las salidas de la estación de Constitución hacia la ciudad balnearia de personas provistas de los más variados objetos para su veraneo se transformaron en espectáculos coloridos que los periodistas no perdieron oportunidad de retratar, a veces describiéndolo como un espectáculo carnavalesco. La llegada de “nuevos veraneantes” se incrementaba: muchos llegaban sin haber hecho una reserva de hotel previa, como era la característica de la Mar del Plata aristocrática. Pero algo habrán de conseguir: la oferta hotelera era tan variada en calidades y precios que siempre habría un cuarto disponible. El perspicaz Luis Bravo y Taboada notaba ya en 1920 que la figura predominante en la rambla ahora parecía ser “Todo el mundo”. Y la democratización se ahondaba: “[a] oleaje burgués que diluye en dorada tinta los más calificados prestigios le sigue ahora el oleaje menos deslumbrante pero no menos eficaz de un estadio medio, fronterizo del popular. Y la amalgama es completa”. Llegaban, como se aseguraba en *El Hogar* en 1928, “las nuevas caravanas formadas por hijos de inmigrantes enriquecidos en la industria, el comercio, los negocios”.

La estrategia de la emulación –que Gabriel de Tarde consideraba esencial para lograr una sociedad que desactivara sus conflictos– fue seguida por aquella que Pierre Bourdieu contrapuso a este fenómeno: la distinción. Para no codearse con caras extrañas, el paseo por la rambla fue reemplazado por las reuniones en las mansiones particulares, en donde los personajes indeseados estaban excluidos. Hubo espacios, sin embargo, que no pudieron dejar de compartirse, como fue el caso del juego, que se realizaba en los casinos de varios hoteles. Allí el resignado Enrique Loncán Estrugamou no solo vería

caras extrañas en los años veinte y treinta, sino que observaría cómo a estos advenedizos dudaban antes de lanzar las fichas sobre el paño, seguramente porque comprarlas les había costado mucho sudor.

Mar del Plata. Un sueño de los argentinos se adentra, además, en la historia cultural y de género cuando realiza la descripción de la transformación de los hábitos en una sociedad que se iba modernizando (excesivamente, según el juicio de algunos). Uno que resulta especialmente atractivo es el cambio en la forma de bañarse en el mar y en los trajes de baño de los veraneantes y, sobre todo, las veraneantes. La descripción que hace Daniel García Mansilla es, para él, desconocedora: “[h]asta hace poco, entre nosotros, en Mar del Plata las niñas se bañaban con un traje que las cubría, se puede decir, de pies a cabeza, y cuando salían del agua cuidaban las mamás que le cubriesen con amplias salidas de baño, por si la ropa mojada fuera demasiado indiscreta. Ahora hemos pasado con el progreso a la otra alforja y resulta la moderna indumentaria de playa un sofisma que no oculta nada, y por los colores y forma ya no autoriza a ilusiones”. La moda más liberal, que también señalaban otros observadores, sin embargo, no era un invento argentino: venía de otra sociedad obsesionada por el igualitarismo, en este caso de las mujeres, como era la estadounidense, donde estas estaban rompiendo las viejas barreras de las costumbres no solo al bañarse en Atlantic City con esas ropas que los reaccionarios veían como indecentes, sino que hasta habían comenzado a fumar en público. El traje de baño masculino, por el contrario, no experimentó mayores cambios hasta mucho tiempo después.

El furor veraneante ni siquiera fue afectado por la crisis de 1930. Si en el quinquenio 1926-1930 habían llegado al balneario 291 137 personas, en 1931-1935 el número había escalado a 393 475. La década de 1930 se transformó en la de mayor crecimiento relativo de toda la historia de Mar del Plata. A ello contribuyó un hecho de singular importancia: en 1938 concluyó la pavimentación de la ruta 2, que unía al balneario con la capital del país. Y se multiplicó con creces el número de veraneantes en el balneario. En 1940 había más de 316 000 automóviles en la Argentina, según señalan las investigaciones de Melina Piglia. El automóvil fue tan crucial como el tren para asegurar la masividad creciente del verano en Mar del Plata. Por automóvil, ómnibus o tren, en la década del treinta la cantidad de veraneantes aumentó aceleradamente: en la temporada 1930-1931 llegaron 57 386, en 1935-1936 lo hicieron 140 509, en 1939-1940 fueron 340 166. En diez años, los turistas en el balneario estrella de la costa atlántica argentina se multiplicaron por seis. Los números muestran de manera palmaria la presencia de las clases medias.

La clase alta no estaba dispuesta a abandonar el balneario ni sus mansiones, pero sí accedió a trasladar su playa preferida a un lugar más exclusivo. Primero fueron alejándose a espacios más alejados de la popularidad de la Bristol. Pero el verdadero cambio ocurrió junto a una de las transformaciones edilicias más importantes en la historia

de la ciudad. De la mano del arquitecto Alejandro Bustillo, durante la gobernación de Manuel Fresco (1936-1940), se construyeron dos edificios gemelos, el nuevo casino y el Hotel Provincial, que terminaron destruyendo la vieja rambla. En paralelo, se erigió el complejo balneario de Playa Grande, donde se trasladó la aristocracia. Clubes exclusivos de este nuevo complejo no admitían sino a ciertos tipos de socios y uno de ellos se transformó en el reducto más distinguido: el Ocean. Playa Grande se convirtió en un refugio para quienes se sentían cada vez más asediados por las masas que no hacían más que crecer.

El peronismo irrumpió en Mar del Plata continuando el democratismo de los años anteriores. El alza de los salarios reales, la transformación de antiguos obreros en cuentapropistas y los ascensos en el escalafón de las fábricas permitió el surgimiento de un grupo al que Pastoriza y Torre acuñan como “la clase media peronista”. “Se acabó la mishiadura”, el popular tango que cantaba Ricardo Herrera en 1949, aseguraba que Buenos Aires estaba de fiesta, que la gente común tomaba taxi y que “Al Casino en Mar del Plata/Va lo mismo el zapatero,/El bacán y el verdulero/Misturados en montón...”. La democratización del Casino, en verdad, se incrementó. El general Sarobe advertía en 1944 sobre este “grave problema nacional”, porque en la Argentina, a diferencia de Europa, como ocurría en Biarritz o Montecarlo, el Casino era de una popularidad tal que incluía a demasiada gente, incluyendo una de las mucamas que lo había atendido en una cena a la que había asistido la noche anterior y a la que se encontró descaradamente apostando en las mesas de ruleta. Pero sin duda con el peronismo el proceso se profundizó a la par de la popularización creciente de Mar del Plata. En el verano 1955/1956 el ingreso de turistas superó las 1 070 000 personas.

Explotó la gastronomía (simbolizada en los famosos platitos de la Bristol), la cantidad de hoteles y la oferta de espectáculos: es difícil encontrar, en otras partes del mundo, balnearios con una asistencia de más de un millón de personas. Mientras tanto, Perón avanzaba con la idea del turismo social: su emblema fue la construcción del monumental complejo de Chapadmalal, destinado a los trabajadores. En el libro de lectura para primer grado superior *Alegría*, un niño se asombra ante una imagen de Mar del Plata: “[c]uanta gente en la playa. Parecen hormiguitas” -Eladio pregunta: “Papá ¿cómo puede venir tanta gente? ¿Nadie trabaja?” El padre contesta: “Sí, todos trabajamos. Pero ahora, desde que gobierna el General Perón, todos los obreros y los empleados tienen derecho a sus vacaciones. Estos hoteles son para que el obrero gaste menos. Aquí descansa. Luego volverá a su trabajo para producir más.” ¿Y quién atiende a esos hoteles, papá? -La Fundación Eva Perón.”

Cuando inauguró el Festival de Cine de 1954 –ampliamente publicitado– el general Perón se tomó la libertad de mentir sobre la democratización de Mar del Plata al decir que en 1945 él había visto una ciudad aristocrática –que, como vimos, ya no lo era– que, una década más tarde, se había transformado en un balneario obrero, que tampoco lo era. La gran mayoría de los veraneantes no eran obreros

sino miembros de la vieja y la nueva clase media. Un dato nos revela qué tipo de veraneante iba a “la ciudad feliz”: en la temporada 1950/1951 casi la mitad había llegado en coche, un bien que no era parte del universo de consumo de los trabajadores a los que Perón creía ver en 1954.

Viejas y nuevas clases medias que hasta podían ser propietarias de un departamento más o menos modesto desde que la aprobación de la ley de propiedad horizontal en 1948 que terminó con el derecho de propiedad que tenía el dueño del terreno a todo lo que se construyera en el mismo. Estos sectores participaron así de un *boom* de la construcción tal que Mar del Plata parecía una ciudad que se estaba reconstruyendo después de un bombardeo, un fenómeno que continuaría hasta los años sesenta y principios de los setenta. Apoyada por el congelamiento de los alquileres urbanos que venía de 1944 en medio de una economía inflacionaria que se desató a partir de 1946, el incentivo para construir departamentos para alquiler de ocupantes permanentes resultó nulo en Buenos Aires y las otras grandes urbes del país. Lo contrario ocurrió en Mar del Plata que, por albergar de manera temporaria a sus inquilinos, evitaba el problema del desalojo y permitía el aumento de los precios de acuerdo con la inflación. No fue hasta el gobierno de Onganía en que se produjo el cambio en la ley de alquileres, por lo que la ciudad balnearia alcanzó los récords de construcción de edificios de renta hasta ese momento.

No fue en los tiempos del peronismo que Mar del Plata alcanzó su número máximo de veraneantes. Este fenómeno ocurrió en la década de 1960, el momento dorado de la clase media y de los obreros calificados. Entre 1960 y 1965 la entrada anual de turistas fue de casi 1 500 000 por año, mientras que entre 1966 y 1970 superó los 2 800 000. Este crecimiento no es ajeno al boom que experimentó la economía entre 1963 y 1973, cuando sus tasas de crecimiento del PBI per cápita fueron mayores al promedio mundial.

En gran medida, este auge se debió a la construcción de los hoteles sindicales. A la caída de Perón este tipo de oferta residencial casi no existía, pero en los sesenta y sobre todo a partir de la sanción de la Ley de Obras Sociales en 1970 crecieron como hongos. Los sindicatos más poderosos construyeron los hoteles más grandes y confortables, pero inclusive los más pequeños tenían sus “hotelitos”, todo lo cual llevó a la construcción de una constelación de espacios para albergar a los obreros, en los cuales los precios eran muy razonables, no solo por el alojamiento sino por la comida: la gran mayoría ofrecía media pensión o pensión completa.

Además, se produjo el auge de los rascacielos que aumentaron significativamente la posibilidad de adquirir un departamento. Una de las transformaciones más visibles se produjo en la avenida Colón, el antiguo espacio de grandes mansiones: casi todas desaparecieron para dejar lugar a edificios de departamento. La otra se produjo frente a la costa, que se convirtió en un paisaje de altos edificios, algunos tan altos que llegaron a anticipar la caída del sol, obligando a los veraneantes de la tarde a encontrar algún hueco en el que pudieran

seguir disfrutando de la playa. El pináculo lo constituyó el Edificio Demetrio Elíades (conocido como Edificio Havanna, por poseer históricamente el logo de la fábrica de alfajores) con sus 125 metros de altura. No resulta sorprendente que, durante los años sesenta, Mar del Plata fuera la ciudad de mayor crecimiento poblacional del país: los 120 000 residentes de 1947 se convirtieron en 220 000 en 1959 y 320 000 en 1970.

El afán de una sociedad movida por el empuje igualitario que destacan los autores convirtió a Mar del Plata en un balneario de masas que trastocó las apacibles rutinas del grupo de más altos ingresos, como pudo demostrarse en los viajes por la ruta 2, con avances lento de los automóviles y que se veían como interminables (por el tránsito y no por la distancia). Si bien hubo parte de la élite que siguió siendo fiel a Playa Grande y al Ocean, una cantidad creciente de familias adineradas se cansaron de Mar del Plata. Algunos se mudaron a Pinamar, pero la mayoría comenzó a migrar a un balneario en el Uruguay: Punta del Este.

La ciudad balnearia también perdió a los jóvenes. Acostumbrados al pelo largo, en algunos casos admiradores de los hippies y deseosos de tener un espacio propio, comenzaron a ser mal vistos y hasta atacados. Por otro lado, en los años sesenta, como señala Valeria Manzano, ese grupo comenzaba a forjar su propia identidad. En parte expulsados de Mar del Plata y en parte atraídos por un balneario que parecía estar más en contacto con la naturaleza, surgió un nuevo espacio para el veraneo juvenil: Villa Gesell.

El libro termina en 1970. No es una mala fecha para concluirlo. La Argentina a partir de mediados de los setenta cambiará de manera tal que necesitaríamos otro libro de similar magnitud para estudiar la historia social de las vacaciones en la Argentina de los últimos tiempos. *Mar de Plata. Un sueño de los argentinos* es, fundamentalmente, un libro de historia social: analiza el proceso de igualitarismo y democratización que caracterizó a la Argentina desde fines del siglo XIX hasta la década de 1970 explorando uno de los fenómenos más importantes de la sociedad moderna: el uso del tiempo libre. Una lectura menos ambiciosa puede enfocarse en la historia de un balneario (que también lo es), una historia de una ciudad (y también lo es) o una lectura agradable sobre la cual no hay que pensar demasiado y vale más bien detenerse en las ilustraciones. Lamentablemente, los que lo leen en esa vena se están perdiendo un análisis de primera calidad y de gran originalidad sobre un siglo crucial de la historia social argentina.